

LOS INVENTOS DE LOS ANTIGUOS

¡ALUCINARÁS DESCUBRIENDO LOS INCREÍBLES INVENTOS QUE HAN
LLEGADO HASTA NUESTROS DÍAS DESDE EL PASADO REMOTO!



Prólogo de
Miguel Ángel Almodovar

JAVIER SANZ

OBERON

LOS INVENTOS DE LOS ANTIGUOS

JAVIER SANZ

DEDICATORIA

A mi mujer, por su paciencia infinita que, algún día, tendré que recompensar.

A Chema Mourelle y Susana Krahe por seguir creyendo y confiando en mis historias.

A Gabriel Castello y Joshua-BedwyR por permitirme compartir su saber.

Y a Gema Narro por sus acertados consejos durante la gestación de este libro.

ÍNDICE

Prólogo

Los primeros habitantes del mundo

El día a día

El 1 de enero

El vil metal

El primer chiste de la humanidad

El día de la mujer trabajadora, hace más de cuarenta siglos

El oficio más antiguo del mundo

La letra con sangre entra

En la Antigüedad ya se los tocaban

La primera huelga

La solución definitiva para las moscas

Anticonceptivo femenino y tampones

¿Quién lleva los pantalones?

Los derechos de autor

Fiscalía anticorrupción egipcia

Las adjudicaciones de «lo público»

Los olisbos del placer

La viagra española

Soy cantante de ducha

Que no te abandone el desodorante

Neceser egipcio

Papel higiénico

La basura, un problema eterno

La plata y el agua

Cuando los legisladores eran consecuentes y responsables

Cuando echar un piropo te podía costar muy caro
El divorcio exprés
La píldora del día después
Las tertulias y los chupitos de sobremesa
El jurado popular, un cuento griego
El maldito despertador
Feo es el campo sin hierba, el arbusto sin hojas y la cabeza sin pelo
Si el trabajo es salud...
Del digitus impudicus a la peineta
Un banquete de insectos
Placeres gastronómicos
El primer Iron Man
Entre bomberos y pirómanos
La dieta
Los fast food
Un texto de relleno
El primer sordo de la historia
La orina de Hispania, un lujo para la higiene bucal
Y para las lavanderías
De pijama, padrenuestro y orinal
Vamos al centro comercial
La navaja suiza, no tan suiza
El estado de bienestar
¡Cuidado con el perro!
Paris Hilton ha leído a Plinio el Viejo
Protege del frío y permite mirar a su través
Los plebiscitos se crearon porque los políticos pasaban del pueblo
Elecciones y campañas electorales... sin encuestas de intención de voto
Grafitis
Matrimonios homosexuales
El error de traducción que condenó a las mujeres
La jubilación, un logro de Sindicatus

El Wonderbra de Eva Herzigova ya lo lucían hace veinte siglos

Busque, compare, y si encuentra algo mejor, cómprelo

Editoriales, librerías y best seller

Taquigrafía

Las gafas de sol

¿Cuándo dejamos los hombres de utilizar los zapatos de tacón alto?

Ser un «morroputa» te puede costar caro

Una mentira con más vidas que un gato

Ciencia y tecnología

Empastes de cera de abeja

El primer color artificial

Las momias nunca han descansado en paz

Tutankamón, el abuelo de los españoles

La geometría nació de la necesidad

Operación de cataratas... hace 2500 años

Solo les faltaba el implante de mamas y el bótox

Dadme un punto de apoyo y moveré una carretilla

La electricidad animal y el magnetismo

Las tuneladoras y los arietes

La aspirina de Hipócrates

La primera ginecóloga

Cápsulas impregnadas por el sueño del olvido

Arquitectura bioclimática

Redibujando los mapas

En mi pueblo se está en la gloria

Aire acondicionado y refrigeración

De la sal al gasoducto

La serpiente de la medicina

Los primeros buzos

El mecanismo de un botijo

Tecnología funeraria

El primer detector de terremotos

Robótica en la antigüedad

¿Por qué las construcciones romanas han aguantado en pie más de dos mil años?

Romanos a la destrucción de Roma

Si al sentarse durante el embarazo se cruzan las piernas, ¿puede ocasionarle algún daño al bebé?

El fenómeno del fracking en Hispania

Coca-Cola, Durex y la máquina de vapor

¿Ciencia o milagro?

Armas químicas

Nanotecnología, nanotecnología..., si ya la conocían en el siglo IV

Transporte y medios de comunicación

Corrientes submarinas

Teléfonos inalámbricos de la antigüedad

El diente azul

El tren del canal

Barcos a remo de banco móvil o el paño en el culo

Las estaciones de servicio y áreas de descanso

El servicio de correos

Los Titanic de la Antigüedad

Seguridad vial

Cuentamillas romanas

El alcoholímetro de la Antigüedad

Taxi, autobús, camión...

Periodismo y prensa del corazón

Pionero de la aviación

GPS vikingo

El primer astronauta fue un taikonauta

Entretenimiento

Los bolos del faraón

La primera Cenicienta

¿Jugamos al cótabo?

Cuando los soldados jugaban con cometas
La primera mujer que participó en unos juegos Olímpicos
Un deporte de vándalos jugado por caballeros
El fútbol no lo inventaron los ingleses
Máscaras, risas, llantos... y un sueco
Cara o cruz
Una canita al aire
No sin mi Barbie
Alea iacta est y la ludopatía
Conspiraciones, negocios y chismes
Hundir la flota
¡Todos a la Fórmula 1!
Lobato narrando una carrera de cuadrigas
Torneo Masters de Augusta de golf

Bibliografía

Créditos

PRÓLOGO

Fue el gran filósofo, poeta y escritor Miguel de Unamuno, destacado miembro de la llamada generación del 98, quien introdujo un concepto, la intrahistoria, llamado a modificar de manera radical la visión de la historia que se había mantenido vigente y en clave de unicidad hasta aquel momento. Frente a la representación del humano devenir como una sucesión de pretendidos «grandes acontecimientos», tales como guerras, descubrimientos o uniones dinásticas, lo que Unamuno propone es una nueva mirada y reconsideración de la vida tradicional, generalmente anónima, que durante siglos ha sido el decorado de la historia formalmente visibilizada.

La antorcha unamuniana sería recogida años más tarde, sobre todo a partir de la década de los años sesenta del pasado siglo, por corrientes sociológicas e historiográficas, entre las que cabe situar en lugar de honor a historiadores como el francés Fernand Braudel o al sociólogo canadiense Erving Goffman, que empiezan, junto a otros, a poner en valor la relevancia de los comportamientos cotidianos, las representaciones, la cultura popular, la microhistoria, las representaciones sociales del amor, el honor, la cocina, la sexualidad o el gusto.

En definitiva, aparece una corriente de pensamiento y visión de la historia de la vida cotidiana y de la vida privada, teniendo siempre presente la difusa línea divisoria que separa lo público de lo privado. De la Historia Global se pasa a la Microhistoria, y pronto se comprende que no son conceptos opuestos, sino complementarios, y ambos necesarios para ofrecer una visión del pasado más completa y realista de lo que lo había sido el modelo anterior que algunos llamaron «evenemencial», en referencia a la voz francesa,

événement, acaecimiento o acontecimiento. Emerge lo que el historiador e hispanista francés Pierre Vidal vendrá en llamar la Historia Total.

Siempre me apasionó esta visión distinta de la historia que aprendimos de mala gana en el colegio, y ya desde la infancia mi madre dejó grabada a fuego en mi mente una idea sentenciosa que repetía mientras mi padre canturreaba el tango *Silencio* del morocho del Abasto. Decía ella con frecuencia que para la madre que perdía a su hijo en una trifulca tabernaria, el hecho era sustancialmente más decisivo y dramático que la Primera Guerra Mundial... «Y la viejecita, de canas muy blancas, se quedó muy sola con cinco medallas que por cinco héroes la premió la patria», subrayaba mi padre en la cercana lontananza. Después, ya más talludito, empecé a escuchar embelesado a Carlos Fisas en el programa de Luis del Olmo de Radio Nacional de España, y luego a devorar sus libros, junto a los de Juan Es-lava Galán y a los de otros autores, pocos, en la misma línea. Y después me zambullí de lleno en los libros de Javier Sanz, quien, sin él saberlo, claro, me llevó, entre otros mágicos lugares, a los vericuetos de la poesía elegíaca de Cayo Valerio Catulo. Y después de después acaeció que tuve la fortuna inmensa de conocerle personalmente, para empezar a disfrutar de su torrente de jovialidad narrativa en vivo y en directo.

He leído, con el ansia viva y el *to pa mí* del gran filósofo José Mota, *Caballos de Troya de la historia*, *Nunca me aprendí la lista de los reyes godos* o *De lo humano y lo divino*, y he conseguido que mi hijo Fran, adolescente y cibernético, al decir de mi colega el sociogastrónomo Lorenzo Díaz, leyera casi del tirón *Fuego a discreción*. Todo un logro este último, que solo se explica por la frescura del pulso narrativo de Javier, por su pasión e implicación en el relato y porque es un tipo tan pimpante y formidable que ha llegado a ser mentor de un lepero que fue rey de Inglaterra durante un día.

En el nuevo libro que el lector tiene en sus manos, Javier Sanz nos cuenta que el divorcio exprés formaba parte del corpus legislativo durante el periodo grecorromano del antiguo Egipto; que los chinos ya usaban gafas de sol allá por el siglo XII; que el chiste, hoy en vías de extinción desgracias a la dictablanda de los mentores cagaprisas del lenguaje políticamente correcto, lo inventaron los sumerios; que la Revolución francesa acabó, entre otras cosas, con los zapatos de tacón alto para caballero. Son historias curiosas, fascinantes algunas, que dan respuesta a las cosas que alguna vez nos hemos preguntado o deberíamos habernos preguntado; historias que activan los mecanismos que ponen en marcha ese pensamiento divergente que para Gianni Rodari era sinónimo de creatividad, antídoto de la insulsez sansiroolé a la que aboca la sociedad globalizada del presente y donde el pensamiento único es moda y tendencia.

Aunque, sin entrar en tales trascendencias, quizá lo más sustancial y sabroso de este nuevo libro de Javier es que nos hace pensar que casi todo estaba inventado mucho antes de que alguien le otorgara certificación y sello oficial, para demostrar que, como intuyó el greguerista Ramón Gómez de la Serna, el mundo no es tan mundo como parece, y que en la historia, con mayúscula o minúscula, aún quedan muchos huecos y que, volviendo al sabio Mota, donde hay hueco hay alegría, así que denle hueco en su tiempo a este magnífico libro, que habiendo hueco, ustedes ya sabrán lo que es pasarse un buen rato.

Y que quede claro que esto no es una sugerencia; es una orden.

Miguel Ángel Almodóvar



LOS PRIMEROS HABITANTES DEL MUNDO

Hoy en día, y después de múltiples estudios, teorías e investigaciones, podemos datar la edad de la Tierra en algo más de 4500 millones de años y, según los restos encontrados en Etiopía, situar a los primeros *Homo sapiens* hace unos 195.000 años. Incluso asegurar que el primer crimen del que tenemos conocimiento ocurrió hace 400.000 años en la España prehistórica, y fue un homicidio involuntario. Ocurrió en la Sima de los Huesos, el fecundo yacimiento de fósiles humanos de la sierra de Atapuerca (Burgos), cuna de nuestros antepasados más remotos. La víctima fue Miguelón (también conocido como Cráneo n.º 5 de *Homo heidelbergensis*). Con probabilidad, este prehistórico primo lejano, un varón de unos treinta y tantos años, fue agredido con una piedra por un congénere. Dicha agresión le aplastó el hueso maxilar del rostro y afectó a un alvéolo dentario, con posterior rotura de una pieza dental que se infectó y derivó en septicemia, una infección de la sangre causada por bacterias en el torrente sanguíneo.

La exactitud de estas fechas y la conversión de los restos hallados a lo largo de la historia en datos se la debemos a la ciencia y la tecnología, pero con independencia del apellido (*habilis*, *erectus* o *sapiens*) el *Homo* ha demostrado ser un animal curioso que se ha hecho miles de preguntas y las ha ido contestado con las herramientas y medios que tenía a su alcance. Por ejemplo, el faraón Psamético se preguntó quién fue el primer pueblo que habitó el mundo conocido en el siglo VII a. C.

Psamético I fue el fundador y primer faraón saíta (XXVI dinastía) que reinó Egipto entre el 664 y el 610 a. C. Consi-

guió la independencia respecto del Imperio asirio y su pueblo conoció la prosperidad durante su largo reinado. Los tiempos de paz llevaron al faraón a darle más esplendor y pedigrí a su pueblo. Creyendo que su pueblo era el más antiguo del mundo, quiso demostrarlo con hechos y datos. Para ello, preparó un experimento que demostraría cuál fue la primera lengua que escucharon los dioses y, por tanto, el primer pueblo en habitar el mundo. Según nos cuenta Heródoto, ordenó entregar dos recién nacidos a un pastor para que los criase sin contacto con otros humanos y con la prohibición de hablarles. Así, sin ninguna influencia externa y sin oír lengua alguna, las primeras palabras que pronunciasen de forma natural, superada la etapa de los primeros sonidos ininteligibles, indicarían la lengua primigenia y los que la hablasen serían los primeros pobladores. Tras dos años de experimento, el pastor pidió audiencia con el faraón... habían dicho su primera palabra y lo hacían extendiendo sus brazos como pidiendo algo: «*Becós, becós*».

Como ni el pastor y ni el faraón conocían el significado de aquella palabra, se convocó un comité de sabios para que pudiese determinar su significado y a qué lengua pertenecía. Tras varios días de reuniones se determinó que la palabra significaba pan y que era una palabra *frigia*. Por tanto, y muy a pesar del faraón y los egipcios, que se consideraban el pueblo más antiguo, se determinó que los frigios, que ocupaban la mayor parte de la península de Anatolia en la actual Turquía, eran el pueblo más antiguo.

De esta forma tan poco científica, pero ciertamente original, tuvieron respuesta a una de las múltiples preguntas que les rondaba la cabeza y, además, sin recurrir a los dioses. Pues de eso trata este libro, de cómo se las arreglaban en la Antigüedad en el día a día, de la originalidad de sus investigaciones, de cómo hicieron tanto con tan poco, de inventos que tienen siglos y que creemos actuales, de lo poco que hemos cambiado en determinados temas, de todo lo que nos queda por aprender de civilizaciones y cultu-

ras que nos atrevemos a tildar de «atrasadas y crueles», de todo lo que se perdió por el camino y no supimos recuperar... y de lo mucho que les debemos.

Así que pónganse cómodos, abróchense los cinturones y agárrense fuerte porque este libro, cual máquina del tiempo, les va a llevar directamente a la Antigüedad. Por supuesto, a la vuelta serán meticulosamente registrados y tendrán que pasar un periodo de cuarentena para comprobar que no se han traído con ustedes ningún objeto ni bichito de otra época.